

FABULA XVI.

EL LEON, EL TIGRE Y LOS CONEJOS.

AL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

DON FACUNDO INFANTE.

CONSEJERO DE ESTADO Y SENADOR DEL REINO.

*Grave error puede ser, si bien se advierte,
Mirar con torvo y desdeñoso ceño
El grande, verbi gracia, al ser pequeño,
O al desvalido el poderoso y fuerte.
De esta verdad, INFANTE,
Un ejemplo me ocurre algo curioso,
Que á referirte voy, si bondadoso
Me prestas de atencion un breve instante.
¿Y cómo no prestármela el que tipo
De tolerancia y de bondad perfecto,
Ni me supo mostrar ceñudo aspecto
Dél supremo poder allá en la altura,
Ni en tiempos para mí de prueba dura
Un solo dia me negó su afecto?
¡Oh, cuánto te agradezco, ilustre amigo,
Tu siempre noble proceder conmigo!*

*Ya no puede mi Apólogo, aunque humilde,
Ser indigno del todo,
Pues me da la ocasion, la forma y modo
De espresarte con voz nada elocuente,
Pero si llena de verdad y brio,
Toda la inmensa gratitud que siente
Hácia tí, buen INFANTE, el pecho mio.*

Tremendo en la llanura y en la sierra
Cierto Tigre feroz y sanguinario
Con un bravo Leon estaba en guerra,
El cual, con ser espanto de la tierra,
Temia un si es no es á su adversario.

Ambos, sus odios fomentando añejos,
Acaudillaban brutos á millares;
Visto lo cual por ocho ó diez Conejos,
Quisieron al Leon servir de anejos,
Ofreciéndole ser sus auxiliares.

Al oir el Monarca tal propuesta,
Burla creyóla; y desdeñoso, adusto,
Lanzóles tal rujido por respuesta,
Que hizo temblar el monte y la floresta,
Y por poco á los diez mató del susto.

Ellos su agravio en la memoria apuntan,
Y al sitio van donde con mil furores
Del Tigre los ejércitos se juntan;
Y acercándose á aqueste, le preguntan
Si los quiere admitir por Zapadores.

El Tigre, que conoce el beneficio
Que le pueden prestar en guerra tanta
Los que horadan la tierra por oficio,
Los admite al momento á su servicio,
Y el sueldo y la racion les adelanta.

Los Conejos entonces allá abajo
Comienzan á excavar oculta mina;
Y al cabo de diez dias de trabajo,
Un camino concluyen á destajo,
Que en la caverna del León termina.

Este, al abrigo de su foso y muro,
Yace tranquilo; pero el Tigre avanza
Por el camino subterráneo, oscuro,
Y al León, cuando duerme más seguro,
Sin prévio aviso con furor se lanza.

Vanamente el León su garra estiende
Despertando con susto y desconcierto,
Y en vano cara su existencia vende;

Valiente lucha y como tal ofende;
Mas desangrado al fin, se postra yerto.

— «¿Vés, le dice un Conejo en son maligno,
Cómo no te era nuestro auxilio fútil?
Acojernos debiste mas benigno;
*Que no hay contrario de desprecio digno,
Ni auxiliar en rigor que sea inútil.*»

FABULA XVII.

EL SANTO DE PEZ.

Un Santo de pez formó
Jugando un Niño travieso;
Y manchóse, y del exceso
Al pobre Santo acusó.
Este entonces contestó:
«¿A quién le ocurre, pardiez,
Darme de Santo la preza?
Si manchar solo es su norma,
¿Podrá, aunque cambie de forma,
Dejar la pez de ser pez?» —

*¡Ay, cuántos vicios y cuántos
Tienen de virtud el nombre,
Solamente porque el hombre
Se empeña en hacerlos santos!
¡Cuántas veces sus quebrantos
Achaca en su estupidez
Al mismo Cielo tal vez
Con errado y torpe juicio,
Cuando el culpado es el Vicio,
Hecho otro Santo de pez!*

FABULA XVIII.

EL GATO CORTANDOSE LAS UÑAS.

Las uñas muy pacato
Con las tijeras se cortaba un Gato,
Y viéndolo un Raton, fué y se lo dijo
A su madre la Rata en su escondrijo.

— «¡Ay, qué nueva tan fausta, madre mia,
Vengo á traeros! el Raton decia:
Ya el Gato aquel... ¡resolucion bizarra!
Se despunta una garra y otra garra;
Y eso me prueba á mí con evidencia
Que al fin le ha remordido la conciencia,
Renunciando con cuerdas reflexiones
A cazar Ratas y atrapar Ratones.»

— «¿Sí? la Rata le dijo:
Pues mal conoces á los Gatos, hijo.
Él se corta las uñas; pero es solo
Para mejor disimular su dolo,
Pues á su zarpa, aun de pinchar privada,
Le queda libre al fin la manotada;

Y aunque á tí desarmadas te parecen
Sus pérfidas pezuñas,
No hay que fiar. ¿No sabes que las uñas,
Al que más se las corta, más le crecen?» —

*Nunca son los malvados más bribones,
Que afectando virtud en sus acciones.*

FABULA XIX.

EL CARNERO Y EL NOVILLO.

Érase un pobre Carnero
De tan mansa condicion,
Y tan simple y bonachon,
Que parecía un Cordero.

Y érase, ya crecidillo,
Un Novillo de tal ley,
Que mas parecía Buey,
Que verdadero Novillo.

Este, mirando en su frente
Dos buenas astas brotar,
No hacia mas que retar
A todo bicho viviente.

Entre los muchos que un dia
Desafió torvo y fiero,
Contóse el pobre Carnero
Que con nadie se metia.

Fué el pretesto haber pasado
Cerca de él sin saludarle;
Y de aquí el desafiarse,
Y á muerte por de contado.

El manso animal lanudo
No quiso admitir el reto,
Y escusóse con respeto
En lo tocante al saludo.

El Novillo que esto vió,
Hizo de su fuerza alarde,
Y á título de cobarde
Una cornada le dió.

Calló el manso á tal exceso,
Y aun se dió por bien librado,
Si el Novillo endemoniado
Se contentaba con eso.

Por desgracia no fué así,
Pues si cien veces le hallaba,
Otras cien le corneaba
Con furioso frenesí.

Cargado ya cierto día
De tanto ultraje el pobrete;

Acordóse del ariete
Que en la cabeza tenia;

Y dijo: «pues no hay más medio
En apuro tan crüel,
Admitiré el reto aquel,
Y reñiré: ¿qué remedio?»

Débil ante él es mi frente;
Mas si aprendo á sortearle,
Tal topeton puedo darle,
Que al cabo y fin le escarmiente.» —

Dicho aquesto, denodado
Citó al Novillo en cuestion
Junto á un viejo paredon
Por las lluvias socavado.

Alegre con nuevas tales,
Al reto el Becerro vino,
Por supuesto, sin padrino,
Como es uso entre animales:

Y al llegar moviendo grima,
Dijo el otro: «espere usted:»
Y dió un tope en la pared,
Y derribóse encima.

Deslomado con su peso,
«Ayl el Novillo exclamó:
¿Por qué habré pecado yo
De camorrista y trayieso?» —

A su voz y llanto flébil,
Contestá el Carnero: «aprenda
A no mover más contienda
Ni aun con el bicho más débil.

¿Va comprendiendo, aunque tarde,
Que si el apuro es terrible,
Al cabo y fin es posible
Que haga valiente al cobarde?

Armas las del fuerte son
Harto temibles quizás;
Mas la del débil lo es más,
Y es LA DESESPERACION.

Nadie, pues, á tal extremo
Reduzca al más apocado;
Que solo el desesperado
Es quien dice: ¡A NADIE TEMO!

FABULA XX.

LAS TORTAS.

A MI MUY ESTIMADA PAISANA Y AMIGA

LA DISTINGUIDA ESCRITORA

DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Unos quieren la Fábula concisa,
Y otros huelga le dan un tanto cuanto:
¿Qué piensas tú, PILAR? ¿tú, Poetisa,
Con quien mi Patria se envanece tanto?
Yo por mi parte, en tan reñida lucha,
Decido el caso de este modo. — Escucha.

Dice á Sancho Gerónimo: «¿qué Tortas
Te gustan más? ¿las largas, ó las cortas?» —
Y le contesta Sancho:
«Si en las cortas añades á lo ancho
La mayor longitud de las que alargas,
Lo mesmito me da cortas que largas.»

— «Poco á poco! á su vez dice Don Bueso:
Eso será, miradas bien las Tortas,
Si lo propio las largas que las cortas
Tienen el mismo grueso.»

Mas yo digo á los tres: *«alto. Señores!*
En materia de Tortas, como en todo,
Lo bueno está en la esencia, no en el modo;
Y en consecuencia, estoy por las mejores.»

FABULA XXI.

EL CAZOLAZO.

De un cazolazo á un perdido
Rompió la cabeza un Charro,
Quedando al golpe el cacharro
En mil trozos dividido.

— «Me alegro! dijo el herido:
Él la cabeza me hiere;
Mas tambien, segun se infiere,
Le he roto yo la cazuela.» —

Aquel que no se consuela,
Es solo porque no quiere.

FABULA XXII.

LA LOCOMOTORA Y EL TREN.

A MI QUERIDO AMIGO

DON AMALIO AYLLON.

DIRECTOR DE LA CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS.

De la gran Capital de las Españas —
Veloz Locomotora audaz partía
Al silbo horrendo en que gemir la hacía
El volcánico hervor de sus entrañas.
Envuelta en torbellinos de humo denso,
Arrastraba en su pús un Tren inmenso
Con ligereza tal (y era un ensayo),
Cual si invisibles Génios la empujasen,
O si juntos sus alas le prestasen
A un mismo tiempo el huracan y el rayo.
La gente, contemplando en su embeleso
Máquina y Tren volar, «esa, decía,
Esa es la Libertad, ése el Progreso!»
En esto el Tren de su ferrada vía
Se sale al remontar no sé qué loma,

Y allí descarrilado,
Por la estraviada Máquina arrastrado,
De una colina la pendiente toma;
Y sin poderse detener en ella
Ni alcanzar á torcer sus hados fieros,
Con Máquina y Viajeros
En hondo precipicio al fin se estrella.

Un Padre que esto vió, vuelto á su Hijo,
«¿Has visto esa catástrofe? le dijo:
Bella es la Libertad, santo el Progreso,
Mas teniendo en la Ley base tranquila:
¡Ay de la triste Humanidad sin eso!
¡Ay del Tren, si una vez se descarrila!»

FABULA XXIII.

EL CORTANTE Y EL CARNERO

A un Carnero... ¡pobrecillo!
Un Carnicero cogió;
Pero él se le escabulló,
Viendo en su mano el cuchillo.
Gritóle el cortante: «pillo!»;
Y al oír tal grito dar,
«¿Qué es eso?» dije al pasar.
—«¡Nada! exclamó el Carnicero:
Este pícaro Carnero,
Que no se deja matar.»—

*Ante el vil Opresor, ente maldito,
No dejarse oprimir, es un delito.*

FABULA XXIV.

EL CIRIO PASCUAL.

De las Pascuas el tiempo celebraban
No sé en qué Pueblo los que en él vivían,
Y un Cirio inmenso en procesion llevaban,
Y á la luz que sus rayos enviaban,
«¡Felices Pascuas!» sin cesar decían.

Viendo el Cirio Pascual su regocijo,
«¿Pascuas felices, eh?, diz que les dijo:
Pues si á vosotros os hicieran ascuas,
Diriais como yo: —¡Malditas Pascuas!»

*No olvideis, del placer en el delirio,
Que ese mismo placer que os enagena
Puede en alguno ser causa de pena,
Cuando no de tormento ó de martirio.*

FABULA XXV.

EL FUSIL.

A MI DIGNISIMO JEFE

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MANUEL GUTIERREZ DE LA CONCHA,

MARQUÉS DEL DUERO.

Capitan General de los Ejércitos nacionales, Grande de España
de primera clase, Caballero de la insigne Orden del Toison de
Oro, Presidente del Senado, etc., etc..

*Si los altos negocios del Estado
A que estás día y noche consagrado
Te consienten oír con indulgencia
De mi laúd la desigual cadencia,
Escúchame, MARQUÉS, un rato breve,
Hoy que mi Musa á manejar se atreve
No menos que un Fusil en tu presencia.*

*A todos pasma el improbo, el constante,
El laborioso afan con que incesante,
Cumpliendo tu mision y tu destino,
Ora á la Ciencia y al Saber divino
Demandas sus arcanos,
Ora las Juntas del País presides,*

*Ora al bien y á la gloria, en paz y en lides,
Impulsas los Ejércitos hispanos.
¿No temes que en tus manos
Pueda romper trabajo tan inmenso
Un arco así tirante y siempre tenso?
Cuida más de ti propio, que está unida
A un hilo débil tu importante vida;
Y el País que te ocupa en su provecho,
Si te impone el deber de afan tan rudo,
También á descansar te da derecho.*

*Tú, empero, me dirás: «¿yo estar ocioso!
¡Yo inerte vegetar de noche y día!» —
¡Oh, no, MARQUÉS! Pero por vida mia
Que una cosa es descanso, otra reposo:
¿Cómo yo, que te admiro laborioso,
Muerto al bien y al País te aplaudiria?
Huir de extremos la prudencia pide;
Mas si se ha de elegir el menos fuerte,
Vale más rudo afan, que vida inerte:
Oye ahora mi Fábula, y decide.*

Su Fusil un Soldado con despejo
Limpiaba sin cesar á todas horas,
Sacándole tal brillo y tal reflejo,
Que el sol, euando se mira en un espejo,
Luces no arranca de él más brilladoras.

Como el Soldado así continüara
Un dia y otro y cien, sin que su mano
Ni un momento cesara,
Enojósele al fin el que era objeto
De afanar tan prolijo;
Es decir, el Fusil, y así le dijo:
«Tanto y tanto te empeñas en limpiarme,
Que sin metal, si Dios no lo remedia,
Voy al fin á quedarme:
¿A qué tanto insistir en darme brillo?
¿No era mucho mejor, muy más sencillo,
Dejarme como estoy sin más demoras,
En vez de desgastarme á todas horas
Con tu endiablado polvo de ladrillo?»

—«No dices mal de todo, bien mirado,
Le contesta el Soldado,
Porque al fin, sea de ello lo que quiera,
Mi *dáde que le das* es pejiquera
Capaz de despertar tu ceño adusto,
Por lo cual, ya que tanto has trabajado,
Me parece acertado
Dejarte descansar y darte gusto.»

Esto diciendo, lo alza con cariño
Del armero en que está, como la Madre
Cuando levanta al niño;

Y al rincon del cuartel más apartado
Lo lleva con cuidado,
Donde lo deja en paz la más completa
Dormir de noche y descansar de dia,
No sin darle la amada compañía
De su cara mitad la Bayoneta.

Asi estuvo el Fusil un mes, dos meses,
Otros dos, cuatro más... ¡qué sé yo cuantos!;
Y estuviera tal vez más de otros tantos,
A no ser porque un dia,
Estando el buen Soldado de ejercicio,
Cargó mal, á mi juicio,
Otro Fusil que á prevencion tenia;
Y obediente á la voz de *apunten! fuego!*
En dos distintos plazos,
Tiró su mano del gatillo luego,
Quedando medio bizco, medio ciego,
Pues le saltó el Fusil hecho pedazos.

Endiablado fué el lance á más de fuerte;
Pero quiso la suerte
Que no pasara límites de susto,
Dando así nuestro Milite robusto
Una, dos y tres higas á la muerte.
Preciso le fué entonces la arma rota
Con la olvidada reemplazar... ¡y oh cielo!

¿Cuál no fué su amargura y desconsuelo,
Al mirar su Fusil arrinconado
Todo ya inútil y de orin tomado,
Negro como un crespon ó un terciopelo?

— «Buena la hicimos! exclamó: ¿así pagas,
Fusil mohoso, la placiente un día
Condescendencia mía?

¿De qué me sirves ya, lleno de plagas?»

— «No así me arguyas, el Fusil contesta,
Pues tú eres el autor de mi quebranto:
Descanso te pedí... pero no tanto:
Déjame sucumbir sin más respuesta.» —

*El Fusil habló bien, no es patarata,
Pues si el mucho trabajo nos maltrata
Porque á más de trabajo es excesivo,
Más que el mismo trabajo, aun siendo activo,
La triste Ociosidad al hombre mata.*

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

FABULA XXVI.

EL CUERVO, LA PALOMA Y LA NIEVE.

•
Con afán el más protervo
Revolcábase agitado
En un monte muy nevado
Cierto negrísimo Cuervo.

Una Paloma, que leve
Revolaba por allí,
Preguntóle porque así
Se restregaba en la nieve.